

RÍOS MOLINA, Carlos Andrés\*

## IDENTIDAD Y RELIGIÓN EN LA COLONIZACIÓN EN EL URABÁ ANTIOQUEÑO

Premio Nacional El Espectador – ASCÚN  
a Mejor Trabajo de Investigación en Ciencias Sociales 2001  
El Espectador – ASCÚN, Bogotá, D. C., 2002. Pp. 118.

MARÍA ANGÉLICA OSPINA MARTÍNEZ  
Grupo de Estudios Sociales de las Religiones y las Creencias (GESREC)  
Universidad Nacional de Colombia  
maom4321@terra.com.co

Muchos de los estudios que se han efectuado en nuestro país sobre el tema religioso han olvidado la complejidad que éste implica en relación con sus contextos particulares. Quizás se ha privilegiado el análisis de las estructuras eclesiásticas, en detrimento de la evidente acción de los creyentes a la hora de afiliarse o identificarse con sus propuestas. Por otra parte, el concepto moderno de «secularización» parece tranquilizar a aquellos investigadores del asunto que pretenden encontrar esferas como la religiosa, la política y la económica tan bien delimitadas como si fuesen parcelas de la vida social.

Carlos Andrés Ríos se propone una impresionante tarea al querer atrapar en un texto antropológico la emergencia y re-emergencia de estrategias de cohesión social a partir de la experiencia religiosa, en una región de tan alta movilidad humana como lo es el Urabá antioqueño. Desde una perspectiva histórica y etnográfica logra desentrañar esa compleja red entretejida por las migraciones laborales, los desplazamientos violentos, el conflicto por la tierra, las afiliaciones políticas y religiosas, los sistemas de producción y de parentesco, y los gérmenes culturales que portan los sujetos y las colectividades que habitan —y deshabitan— la zona.

\* Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Candidato al Doctorado en Historia en El Colegio de México.

El autor divide su trabajo en tres segmentos, los cuales obedecen al «complejo triétnico» que se enarbola en la región: la población antioqueña y del Eje Cafetero; la proveniente del Chocó y de las inmediaciones de Cartagena; y la de origen

cordobés o sinuano. A la vez que describe los movimientos migratorios de cada una de ellas respecto a la región urabaense durante el siglo XX, también analiza sus interrelaciones y descubre las categorías identitarias mediante las cuales los grupos se reconocen a sí mismos y reconocen a los otros con quienes interactúan. De esta forma, «paisas», «morenos» y «chilapos»<sup>1</sup> configuran un campo religioso particular, basándose principalmente en la identidad por oposición a «lo otro», a «lo que no se es», y darán lugar a un sistema de interdependencias simbólicas en el cual la marca —o el «estigma», en palabras de Goffman<sup>2</sup>— se yergue como patrón referencial que establece límites, cohesiona cada grupo y legitima el tipo de relaciones que se establecen con los otros.

Con respecto al análisis de la identidad cultural, Ríos hace así un aporte teórico y

<sup>1</sup> Apelativos que corresponden al orden en que arriba se mencionan las poblaciones que confluyen en la región.

<sup>2</sup> Goffman, Erving. 1972. *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Citado por Ríos.

metodológico de hecho: la construcción y problematización de un concepto a partir de las percepciones que los miembros de un grupo tienen sobre sí mismos y sobre quienes le rodean. Razón tiene en afirmar que «no es un objetivo funcional describir, desde el escritorio del antropólogo, cuáles son los componentes identitarios de cada grupo étnico o religioso» (p.10), hablando a favor de técnicas como la entrevista, la conversación y la

observación directa y participante, además de los cuestionarios tipo encuesta y de una exhaustiva revisión bibliográfica y archivística. Aquella metodología, empero, va más allá de la mera descripción de la «esencia» de cada agrupación. Desde el enfoque sistémico de Niklas Luhmann<sup>3</sup>, el autor privilegia el análisis de las relaciones entre los distintos grupos que convergen en la región y entre ellos y su contexto.

En este sentido, el autor encuentra que la identidad se halla en íntima relación con la dinámica de las sociedades a escala histórica, cultural, económica y política, y

<sup>3</sup> Luhmann, Niklas. 1991. *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Alianza Iberoamericana. México. Citado por Ríos.

que es precisamente esta dinámica la que potencia una «constante reelaboración» de lo identitario. El campo religioso urabaense parece así acoplarse a este argumento, cuando en la identidad con una iglesia dialogan, además de elementos como la fe, el ritual y la teología, otros

factores como la tradición bipartidista de nuestro país —a la que se suma el elemento «comunista»—, las posibilidades laborales y de autosostenimiento ofrecidas por las distintas actividades económicas —como la pesca, la extracción de madera y de ipecacuana y el cultivo de palma africana y de banano—, los proyectos de infraestructura que invitan a la colonización —como la construcción de la Carretera al Mar—, los desplazamientos violentos a manos de grupos armados, las extensas redes familiares-regionales, e incluso hasta los mismos hábitos corporales —en la estética y la fiesta, por ejemplo—.

Ríos plantea que es en la escena religiosa donde los grupos migrantes reconfiguran las redes sociales vulneradas por el desarraigo y, por tanto, que es desde la identidad religiosa donde el grupo se cohesionan en caso de sufrir alguna crisis que amenace con fragmentarlo. No es de extrañar, entonces, que en pequeños corregimientos de 4.000 habitantes existan hasta 13 iglesias de distintas vertientes cristianas<sup>4</sup>, y que

<sup>4</sup> Un análisis más amplio de este caso en particular se encuentra en el artículo del mismo autor, 2002. «Paramilitarismo y pluralidad religiosa en Belén de Bajirá». En *Revista Maguaré*. 15-16: 136-153. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

estas convivan con diversidad de prácticas brujescas, expresiones festivas rituales y devociones a símbolos y santos. Cada iglesia recrea en su dinámica interna, pero siempre en diálogo con el entorno, un patrón identitario que incluye y excluye, que cohesionan a los propios y repele a los otros. Estas diversas dinámicas constituyen, en palabras del autor, «elaboraciones religiosas» que reflejan la «capacidad autoorganizativa» de las sociedades en situaciones críticas de su historia.

Debido a lo anterior, en el texto también queda registrada la historia del ingreso de las distintas instituciones eclesíásticas no católicas al Urabá. Muchas de ellas son de origen extranjero y arribaron a la región desde comienzos del siglo XX, gracias a las migraciones laborales o a los ánimos evangelizadores de algunos predicadores. Y aunque en la mayoría de los casos la vinculación con la estructura internacional de origen se mantuviera, Ríos pone de manifiesto la altísima autonomía local que todas ellas han alcanzado, en relación directa con las condiciones particulares de su contexto. La Iglesia Presbiteriana, la Pentecostal Unida (de Colombia), la Pentecostés Internacional, la Luz del Mundo, la Adventista del Séptimo Día y los Testigos de Jehová, además de algunas de sus derivaciones, servirían como aglutinantes en la reconstrucción identitaria de poblaciones enteras, en pos de aquellos intereses distintivos que involucran complejos imaginarios frente a lo religioso, lo político, lo étnico y lo cultural.

Con esta investigación, el autor insiste en romper con algunos estereotipos corrientes en los estudios sobre fenómenos que se sitúan en medio del conflicto armado en nuestro país. Uno de ellos alude a la supuesta carencia de identidad de la que adolecen las poblaciones desplazadas. Ríos demuestra que, contrario a ello, las sociedades con alta movilidad espacial —bien sea por causa de la guerra, bien por la búsqueda de fuentes de subsistencia— ostentan una asombrosa capacidad de resistencia a la fragmentación, utilizando mecanismos de reestructuración basados en la tradición cultural, la solidaridad regional y de parentelas, y la identificación colectiva con algún corpus discursivo y práctico.

Otro de los estereotipos criticados en el texto es aquella visión reduccionista de regiones como el Urabá en la que se reducen los móviles de todo fenómeno que allí acaece al conflicto armado. De acuerdo con el historiador Carlos Miguel Ortiz<sup>5</sup>, el autor propone visibilizar y comprender esos otros aspectos de la vida social que contribuyen a estructurarla en la misma medida en que lo hace el aspecto político-militar. Cada uno de tales aspectos, según lo afirma Ríos, es relativamente autónomo respecto de los otros; pero es el diálogo constante que existe entre ellos el que amplía las perspectivas de análisis de cualquier fenómeno.

El trabajo de Carlos Andrés Ríos hace un invaluable aporte en la antropología de los estados y procesos emergentes, hoy por hoy tan habituales en una sociedad como la nuestra en donde impera el conflicto por la tierra y donde el desarraigo —tanto urbano como rural— obliga a los individuos a buscar «nuevos» referentes de identidad: «Si bien la antropología clásica centró su mirada en sociedades “tradicionales” con un “milenario” bagaje cultural, hoy día es más que perentorio dirigir nuestros proyectos a sociedades en procesos de conformación» (p.112). El autor invita de esta manera a que nos sacudamos de esa petrificada ilusión de la «fotografía antropológica», y logremos conferirle a la identidad «un carácter dinámico y en constante reelaboración», por fin en manos de quienes la agencian.

<sup>5</sup> Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. 1999. *Urabá: Tras las huellas de los inmigrantes. 1955-1990*. ICFES. Bogotá. Citado por Ríos.

Por último, cabe destacar el estilo sencillo y coloquial con el cual Ríos entreteje esta trama histórica y antropológica, de la mano de aquellos con quienes conversó en algún lugar donde hoy pueden no hallarse. Este texto es claro ejemplo de cómo quienes hacemos antropología definitivamente somos parte activa de la escena relatada. Una escena que, sin embargo, muta y seguirá mutando como aquellas dunas errantes del desierto que hoy están y mañana no, que hoy son unas y mañana otras, en la convulsionada historia de un pueblo al que siempre le han cortado sus raíces.

NOTA: En nombre de los lectores, quisiera reclamar a quienes publicaron este libro —ASCÚN y El Espectador— por no procurar una edición impecable del texto. Es lamentable que, constituyendo un aporte tan relevante para las ciencias sociales y humanas, el trabajo de Carlos Andrés Ríos se vea algo opacado por las múltiples fallas de digitación y edición, y por la exclusión de mapas, tablas, pies de página y fotografías que el mismo autor había proporcionado para la versión final del libro. Siendo la publicación una parte del premio del concurso, debería notarse con más veras un mayor aprecio por el trabajo ganador. Las instituciones que otorgaron este galardón deberían contemplar seriamente la posibilidad de reeditar el texto en resarcimiento con el autor.